

Protesta al desnudo

Una crónica de *Jacobo Karolys*



Fotografía: *AnimaNaturalis Medellín*

Aún tengo las marcas de un bronceado muy particular. La piel de mis brazos, piernas, espalda y lado izquierdo de mi cara muestran franjas claras y oscuras de difícil explicación; como si se hubieran revuelto los colores de una cebra, como si Jackson Pollock me hubiera hecho un tatuaje.

Fue el día en que murió Michael Jackson, y creo que por eso no vi el acontecimiento en las noticias de la noche. La sorpresa de la muerte del “rey del pop” opacó una pequeña protesta en el Centro Administrativo La Alpujarra. Era el día mundial antitaurino: 25 de junio. 25 personas, una de ellas —y quien escribe— de 25 años (lo cual no tiene nada que ver, pero lo anoto en caso de un eventual análisis numerológico) yacían semidesnudas sobre un plástico, bañados en sangre artificial; cada una con dos banderillas adheridas al lomo. Un sujeto vestido de luto le sacaba notas funerarias a un violín. Una barbaridad de

espectadores las rodeaban bajo el sol del medio día: unos con caras de imbéciles (como si nunca hubieran visto gente semidesnuda, y haciendo las veces de un toro acribillado en medio de una plaza pública); otros asintiendo gravemente las cabezas; otros tomando fotos con el celular... otros sólo haciendo caras de imbéciles.

Yo pasaba por ahí. Debido a las tediosas obligaciones abogadiles de mi carrera, salía del edificio de los despachos judiciales y me topé casualmente con una amiga mía. Ella iba a entrar a una pequeña carpa que hacía las veces de vestidor.

—¿Esto qué es? —le pregunté.

—Estamos protestando contra las corridas de toros.

Una joven salió de la carpa. Sólo llevaba puesto un top en la parte de abajo y un par de parches adhesivos en los pezones. Caminó hacia donde estaba el resto y le derramaron fríos hilos de sangre por las piernas y la espalda.

—¿Se va a meter? —me preguntó.

—Hmmm... Vale.

—¿Tienes calzoncillos negros?

—Son azules.

—Eso.

—Bien.

Debo confesarlo: lo hice en parte porque soy vegetariano y me importan los animales; y en parte por toda esa piel que convocaba a casi todos los espectadores... Me quité la ropa con tanta naturalidad, que me sorprendí. Jamás pensé que iba a quedar en calzoncillos en medio de La Alpujarra, y mucho menos que me iba a sentir tan relajado como en mi propia casa. Me acosté bocabajo en un extremo del plástico y adopté una pose de moribundo en la que pudiera permanecer quieto por una hora y media. Me rociaron sangre, me pegaron las banderillas y empecé a sudar.

Se trataba de un ejercicio de empatía. Bajar a los seres humanos de su dudosa posición jerárquica hasta el status de animal de lidia.

Al cabo de unos minutos, lo primero que se siente es el dolor en las articulaciones que tocan el suelo. Luego viene el ardor en la piel. Luego la sensación de mareo y desorientación. Pensaba en lo que sentiría un toro, en lo que pensaría, y creo que lo mata el aburrimiento. Permanecer inmóvil por tanto rato desespera. El dolor en las rodillas y en los codos es terrible. El sudor forma un charco alrededor del cuerpo que se mezcla con la sangre —en mi caso, a base de remolacha—. Un par de banderillas en la carne plagada de nervios y las vísceras atravesadas por una espada... pondrían las cosas mucho peores, así el cerebro sólo pueda sentir un dolor a la vez. Aun así, esa no sería la parte más detestable. Ser la diversión de una partida de borrachos me haría desear morir de una vez; y no poder hacerlo de inmediato debe ser un suplicio.

“Es infame acabar con la vida de un animal de esta forma”, pensaba, sin considerar la pérdida de sangre y una multitud de pendejos gritando “olé”. Pero la situación sólo se entiende claramente cuando uno se pone en las pezuñas del otro.

La mayoría de la gente lo malinterpreta, pues esta modalidad de protesta ya se ha hecho varias veces alrededor del mundo y siempre hay personas que se quejan. Toman el acto como una desesperada forma de llamar la atención. Se ofenden. Creen que la desnudez resulta innecesaria. Nos tildan de inmaduros, de payasos, de ingenuos persiguiendo una moda. Lo que desconocen es que el dolor en toda su conciencia abre el panorama de la comprensión. Pero llegar a ese punto exige también quedar desnudo del orgullo, lo cual, resulta bastante difícil.

Fue divertido ver como se les caían los parches adhesivos a algunas de las chicas por efecto del sudor; pero en general fue una experiencia interesante y enriquecedora. A pesar del parcial bronceado de pollo broster y vampiro enguayabado, el dolor hace que el recuerdo se quede fijo en la memoria.

Puedo concluir dos ideas, a las que llegué cuando me tomaba un sorbo de agua al terminar la protesta. La primera es que sería justo y entretenido ver a los taurinos realizando semejantes ejercicios; a modo de requisito o de sensibilización. La segunda es que un común denominador entre los antitaurinos es una piel muy mal bronceada.